

Olivier Debroise, *Mexican Suite. A History of Photography in Mexico*, Austin, University of Texas Press-Fideicomiso para la Cultura México/USA, FONCA, Fundación Cultural Banco-mer, The Rockefeller Foundation, 2001, 291 pp.

El libro *Fuga Mexicana. Un recorrido por la fotografía en México*, editado por el CNCA en el año de 1994, vio la luz recientemente en cielo estadounidense bajo el título de *Mexican Suite*, donde la traducción y revisión al inglés la realizó Stella de Sá Rego, quien puso manos a la obra para lograr que este material fuese accesible a los estudiosos de la fotografía en el país vecino. Este libro se ha convertido en referencia obligada de todos aquellos que se acercan a estudiar la fotohistoria en nuestro país, pues es el único texto que se ha dedicado a revisar la historia de la fotografía mexicana de manera panorámica desde sus diferentes géneros y épocas. Y supongo que ayudará a ampliar los horizontes en nuestra historia fotográfica, lejos del eurocentrismo de la imagen.

La versión en inglés del libro presenta serias ventajas y distinciones de su antecesor. No sólo por su formato más accesible y de mejor manejo, sino que a pesar de que Debroise respetó básicamente el orden y la presencia musical que le confirió en su primera edición, la disposición de la *Suite* se mantiene en su intención de hacer la secuencia en varios movimientos temático-cronológicos; aunque en esta edición corregida omitió referencias de la historia de la fotografía en general que realizó en el primero, y profundizó otros aspectos para brindarle al lector estadounidense un panorama más preciso de los orígenes de la fotografía en nuestro país y cuyo material fue publicado en el ya clásico libro *Sobre la superficie bruñida de un espejo* (ver, 1985), que realizó en coautoría con la investigadora Rosa Casanova. Para ello, incluyó el capítulo *Ritornello* y al inicio de *Counterpoint* un contexto más preciso donde profundiza en la primera etapa de la daguerrotipia mexicana con algunos claros ejemplos de ello en el retrato y en los episodios bélicos de la época. Además de abundar en referencias al trabajo del francés y último alquimista Théodore Tiffereau.

Algo sustancial en esta edición y muy halagador a la mirada atenta, son los ajustes a las imágenes que realizó el autor. Por un lado se eligieron novedosas fotografías de archivos estadounidenses que permiten observar la diversidad de material que ha llegado a sus acervos y que muchos de ellos se desconocen en nuestros anales iconográficos; publicadas en comparsa o sustituyendo otras de la edición anterior, que pertenecen a particulares o de instituciones estata-

les nacionales como las de la Fototeca Nacional del INAH, entre otras. Ya en las primeras páginas se anuncian estos cambios gráficos por venir, como es la publicación de una imagen poco conocida que realizó Rosa Covarrubias en 1950. La última imagen que cierra el libro es una excelente fotografía de Henri Cartier-Bresson, en la que registró a un hombre que carga a su pequeña hija dormida en su hombro mientras observa una imagen que reproduce la ejecución de Maximiliano, un cuadro producto o referencia del fotomontaje de su época y reproducida páginas antes en ésta *Suite*. Esta imagen muestra la profundidad en la intención de ambos autores: fotógrafo e historiador, quienes de manera virtuosa subrayan la importancia de la fotografía como documento histórico y estético sin igual. La edición está sumamente cuidada por lo cual cobra una presencia inusitada ante el ojo del iniciado y del diletante. Una investigación acuciosa y pionera en su género —a pesar de sus limitaciones de información centralizada en la metrópoli mexicana y del sustento de fotógrafos extranjeros—, por su calidad, por su importancia y su presencia que obliga a profundizar el conocimiento de la historia de la fotografía mexicana, una historia que no ha sido superada en su género hasta el momento.

Rebeca Monroy Nasr

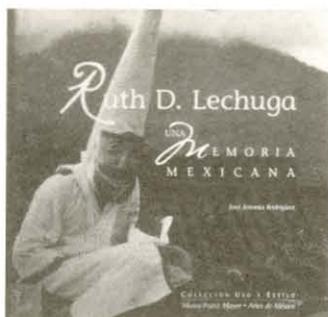
• • •

José Antonio Rodríguez, *Ruth D. Lechuga. Una memoria mexicana*, México, Museo Franz Mayer-Artes de México (Uso y Estilo), 2002, 84 pp.

En algunos medios académicos —hay que reconocer que no en todos— se considera poco profesional que un investigador en cualquier área de las ciencias sociales salte de diferentes épocas o etapas de la historia. Es decir, hay especialistas en la Colonia, el siglo XIX o la época contemporánea, salirse de estos esquemas acotados, además de entranar el riesgo de caer en lo superficial es, a veces, exponerse a ser juzgado de poco profundo en un trabajo de investigación.

Señalo esto, porque precisamente todo lo contrario es lo que ha realizado José Antonio Rodríguez en su trayectoria profesional. Es decir, él lo mismo escribe sobre los daguerrotipos que sobre la fotografía hecha ayer. Sin embargo, ha tenido una justificación su tema de estudio: siempre ha sido la fotografía mexicana en todas sus facetas y épocas. Existen pocas personas que conozcan tan a fondo nuestra historia fotográfica como José Antonio, lo que le permite abarcar un espectro tan amplio en este universo que siempre está dispuesto a revelar nuevos secretos a quien los busque con cuidado. Es por ello que, con toda justicia, el Museo Franz Mayer y la revista *Artes de México* tuvieron a bien invitar a Rodríguez a participar en el libro que acompañó a la exposición sobre Ruth D. Lechuga.

Comúnmente se conocía a la coleccionista de arte popular mexicano, a la investigadora de las culturas indígenas, pero no a la Ruth D. Lechuga fotógrafa. ¿Cómo acercarse a esta faceta poco conocida del personaje? Acertadamente el planteamiento curatorial que se mostró en la exposición partió de un criterio de “logros estéticos” y no de regiones o grupos indígenas, hecho entre la autora y el curador como se señala en la introducción. Pero en el libro tenía que hacerse una lectura mucho más completa aún, era necesario



que el interesado pudiera ubicar a la fotografía dentro de un contexto y una propuesta visual propia.

El primer capítulo, “Méxicos imaginarios de la década de 1950”, aborda la visión del mundo indígena en la lente fotográfica de el siglo xx. Desde 1946 se rastrean las huellas de lo indígena en este periodo, para entender lo que Ruth Lechuga cambió de esa imagen, apartando lo folclórico y lo etnográfico y asumiendo una mirada más cercana a la de Bernice Kolko o Nacho López. Las fotografías de Ruth Lechuga sobre el mundo indígena cobran así una distinta dimensión, son, si podemos decirlo, explicables o revalorables desde la óptica social e histórica. El capítulo II, “Orígenes de una mirada”, es la búsqueda de una pasión, las razones personales que llevaron a la autora a interesarse por el mundo indígena, sus viajes al interior de la república y el comprender el despertar de la sensibilidad de una emigrada judía hacia un mundo nuevo que encontró en México; la entrevista y colaboración de la artista cobran importancia en este capítulo. Por último el capítulo III, “La fotografía”, es un recuento final, pues resume las fuentes en que abrevó Ruth Lechuga para su formación, tanto estética como técnica, que culminó con su primera exposición individual en febrero de 1964, realizada en la sala de exposiciones de la Escuela Nacional de Artes Plásticas.

La reciente exposición —que se conoció como *Ruth Lechuga, peregrina del arte popular*— es en cierta manera un homenaje a Ruth, ya que desde 1990 no ha vuelto a fotografiar. Sin embargo, como se señala en el libro, “sus sensibles imágenes siguen siendo el espejo de un mundo interior, que se muestra afable, inquisitivo, intimista, lúdico cuando se debe y hasta maravillado ante un universo ahora revuelto”. Pero sobre todo es, a mi juicio, una de las mejores miradas al mundo indígena.

Arturo Aguilar Ochoa

*México: un siglo en imágenes (1900-2000)*, México, Archivo General de la Nación-Secretaría de Gobernación, 1999, 311 pp.

Sin duda el libro *México: Un siglo en imágenes (1900-2000)* participa en el esfuerzo que desde hace muchos años están realizando varias instituciones públicas y privadas para brindarnos un conocimiento más profundo de nuestro pasado. En este caso, Aurelio de los Reyes se dio a la tarea de revisar las 14 colecciones fotográficas que resguarda el Centro de Información Gráfica del Archivo General de la Nación. Pero, ¿cómo seleccionar entre seis millones de imágenes aquellas que representen los momentos más importantes del devenir histórico del país? El propio investigador responde en la introducción del tomo: “Para el libro no hubo guión ni texto preestablecidos; se procedió a revisar imágenes de los diversos fondos, dándoles sentido a éstas con una estructura

mínima basada en diversos rubros para tener continuidad. A veces importaban los hechos, otras veces la expresividad de las imágenes o su calidad, para implícitamente dar un proceso de la fotografía informativa [...]. A veces se buscaron fotografías de determinados hechos o personajes que se consideraron debían ir, pero por desgracia los fondos iconográficos del AGN carecen de ellos”.

Esto último es muy cierto. A pesar de contar con fondos importantes —como son Propiedad Artística e Intelectual, Hermanos Mayo, Enrique Díaz y la Crónica presidencial— es notoria la ausencia de imágenes significativas: no hay registro minucioso de la vida en provincia ni del desarrollo de la televisión y el auge de cine en los setenta; o el levantamiento armado en Chiapas de 1994. Para completar el sexenio de Ernesto Zedillo Ponce de León, que no concluía aún en el momento que editaron el libro, la investigación iconográfica se apoyó en material de los diarios *La Jornada* y *Excélsior*.

Precisamente la figura presidencial es uno de los íconos con mayor peso en el libro; esto se debe a la gran cantidad de material que proviene del fondo Presidentes. Que el poder político usara a la fotografía para consolidar su dominación fue una práctica que se inició con Maximiliano y Carlota, pero adquirió dimensiones masivas con Porfirio Díaz. Incluso éste aprovechó muy bien la llegada del cinematógrafo Lumière a la Ciudad de México en 1896, pues en el ocaso de su dictadura aparece en “vistas” que luego se copiaron y se distribuyeron por el mundo. Este éxito sólo fue superado por Francisco I. Madero, como lo apunta Aurelio de los Reyes.

En este mismo fondo Presidentes destaca el archivo personal que donó Emilio Portes Gil, quien ocupó por breve lapso la presidencia. Es notorio el interés que tuvo el ex presidente para guardar una memoria visual de su campaña antialcohólica que se llevó a cabo el 20 de noviembre de 1929. Al parecer Portes Gil encargó, a través de la Secretaría de Educación Pública, que se contrataran a fotógrafos locales para registrar esta actividad oficial en todos los estados de la República. Sus razones eran políticas: tenía la necesidad de afirmar su autoridad frente al poder *de facto* que en aquel momento ejercía el llamado Jefe Máximo de la Revolución, Plutarco Elías Calles.

Las 538 fotografías de *México: un siglo en imágenes* fueron ordenadas por décadas, una virtud que nos permite revisar de un sólo tirón sexenios muy diferentes. Cada capítulo está integrado por los siguientes temas: Política, Ciudad de México, Estados de la república, Actividades económicas, Educación, Cultura y Tradición, Sociedad y, en algunos casos, Movimientos sociales. A pesar de las omisiones citadas, este libro es un valioso instrumento para conocer y reconocernos en el México profundo.

Raúl Barreiro